

LA POESÍA LÍRICA: ORÍGENES. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS Y AUTORES MÁS REPRESENTATIVOS.

1-LA LÍRICA CLÁSICA: ORÍGENES

A)GRECIA.

La lírica, que tenía sus raíces en cantos de origen religioso ligados al culto y en canciones populares, se convirtió en género literario en el momento en que la epopeya se consideró insuficiente para satisfacer las nuevas necesidades de expresión espiritual del hombre griego.

La referencia homérica al *peán*, con el que los aqueos reconcilian a Apolo, al *treno* o lamento fúnebre y al *himeneo*, canto nupcial, denota la antigüedad de las formas líricas, cuya elaboración literaria por obra de los grandes poetas arcaicos dio lugar al género que nos ocupa. Junto a ellas se incorporan otras formas preliterarias relacionadas con el culto. Al de Apolo pertenecen, entre otros, el *nomos*, regularizado por Terpandro de Lesbos (hacia el 690 a.C.) y el *pertenio*, dedicado a Artemis, asociada al culto apolíneo. A Dioniso se dedicaba el *ditirambo*, inventado, según Heródoto, por Arión de Metimna (fines del s.VII). El *hipotálamo*, canto nupcial, debe igualmente relacionarse con el culto.

Algunos cantos no religiosos también adquirieron carácter literario, así el *encomio*, canto de alabanza, y el *epinicio*, que celebra la victoria en los certámenes panhelénicos. A ellos deben añadirse cantos sociales como los *escolios*, de ambiente aristocrático, cantos de guerra como los *embateria*, cantos de amor, etc.

Durante el siglo VII predomina la elegía y el yambo y se inicia la lírica coral.

El siglo VI representa el esplendor de la lírica monódica, con la que coexiste la elegía, ampliada su temática, y sus derivados, el epigrama y el epitafio.

En el siglo V se asiste al apogeo de la lírica coral, cuyo culmen lo representa Píndaro.

Con la desaparición de los grandes líricos corales se inicia el declive del género. En efecto, dejando a un lado los coros de tragedia y comedia, se observa cada vez con mayor intensidad un predominio de la música sobre la poesía, reflejado en el amplio uso que se hace del *nomos* y *ditirambo* por prestarse mejor a las fantasías musicales y en los que la poesía, falta de ideas, sentía sólo de apoyo a la música.

La poesía helenística se reduce a imitar los antiguos géneros. Deja de ser creadora y viva para convertirse en culta y academicista, por lo que limita a una alada el número de sus lectores. Calímaco, principal representante, destaca por sus epigramas y elegías.

B)ROMA.

En Roma existió casi desde el principio, desde el s.III a.C., una literatura erótica al estilo de la lírica griega, pero es sólo a finales de la República, s.I a.C., cuando nos encontramos con autores orgullosos de su obra, dedicándose a hacer poemas nacidos del sentimiento, con temas impropios de la épica. Es en esta época cuando aparecen nombres como los *neoterói*, Catulo, Ovidio, Horacio..., autores que nos han dejado una gran muestra de la poesía lírica y elegíaca de su

tiempo.

El período que va desde finales del s.II a.C. es el más complejo y turbio de Roma. Se caracteriza fundamentalmente por ser una época de crisis política y social. El hombre romano se va inclinando hacia la intimidad, hacia el estudio y la meditación. Progresan el individualismo y se hace costumbre el *otium*.

Este cuadro es repetición de lo que sucedió en Grecia en el s.IV a.C. con el paso de la edad clásica al período helenístico. La literatura helenística refleja esta situación poniendo de moda composiciones breves y delicadas. En Roma se vuelven los ojos hacia la literatura helenística y se crea la escuela de los *poetae novi* o *neoteroi*, llamados así despectivamente por Cicerón. Su ideal artístico es la recusación de la poesía homérica y por tanto de la antigua poesía latina de modelo enniano, poesía que sustituyen por poemas breves elaborados con pureza y propiedad de imagen.

2-CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES DE LA POESÍA LÍRICA

A)GRECIA.

La lírica arcaica, sucesora de la poesía épica, se distingue de aquélla por su carácter más personal y reflexivo, al describir el mundo interior del poeta, las pasiones, sentimientos y pensamientos del hombre como individuo en un momento y lugar determinados.

No es de extrañar que en un mundo en constante ebullición, creador de formas nuevas, plural en crisis y resultados dispares en los distintos ámbitos geográficos, se desarrolle una poesía que, como reflejo de él, se caracterice por su riqueza formal y variedad de motivos y temas.

No obstante la falta de uniformidad que cabe esperar entre los escritores de este período, podemos detectar una serie de rasgos que les son comunes: individualismo frente al anonimato, interés por el presente y un análisis crítico, aunque asistemático, sobre conceptos como la justicia, la desigualdad humana, los ideales éticos, el destino humano, la religión, etc., que son, en definitiva, los que hicieron entrar en crisis a la sociedad arcaica.

Si ya en Hesíodo se detecta la tensión entre individuo y autoridad y su poesía refleja vivencias personales, el fin didáctico, propio de la épica, le limita en gran medida a una exposición normativa. La individualidad sentida como liberación de las ataduras tradicionales, que permite plasmar en el verso las vivencias del *hic* y el *nunca*, tiene su inicio una generación después con el poeta que abre la época arcaica, Arquíloco de Paros (hacia el 670 a. C.).

a)La lírica como género literario: música, danza y canto.

La lírica griega integra dos o tres artes diferentes: poesía, música y danza. De ellas sólo la danza puede faltar, no así la poesía y la música, pues el término lírica significaba esencialmente poesía cantada. El poeta componía a un tiempo el poema y la música que le acompañaba.

Los instrumentos musicales más utilizados fueron el α_λός o flauta (instrumento de viento) y la κιθάρα o cítara (instrumento de cuerda); de ahí que la poesía lírica se dividiera en citaródica (cítara y canto) y aulódica (flauta y canto).

La notación musical se hacía con signos alfabéticos colocados sobre las sílabas del texto.

b) Géneros de la lírica.

Tradicionalmente y en base a la sistematización de Proclo se divide en:

Elegíaca Yámbica Mélica

La poesía **elegíaca**, género más próximo a la epopeya, recibe su nombre de *ἔλεος*, palabra de origen oriental, cuyo primitivo significado era el de "canto de duelo", y se acompañaba con la flauta. Pero en su desarrollo, además de perder el carácter musical para convertirse en poesía recitada, llegó a abarcar con su temática todo el campo de los intereses humanos; así encontramos elegías marciales, eróticas, simposíacas, gnómicas (o de máximas y preceptos), conmemorativas, etc. Poetas de elegías tenemos a Calino (660 a.C.), Tirteo (640 a.C.), Mimnermo (630 a.C.), Teognis, Solón (600 a.C.), Jenófanes (530 a.C.), Simónides de Ceos (480 a.C.), etc.

La poesía **yámbica** que deriva su nombre de *ῥαμβος*, término de origen asiático, que aparece por primera vez en Arquíloco en el sentido de composición satírica, sirvió como vehículo de expresión a la agresividad, la invectiva, la controversia, el denuedo, lo burlesco y lo obsceno. Su origen parece detectarse en cantos relacionados con los cultos de Deméter y Dioniso (divinidades que representan una relación personal entre el dios y el hombre frente al culto colectivo de la polis alentado por la corriente de religiosidad que emanaba de Delfos), en los que lo jocoso, satírico y obsceno eran los elementos más difundidos. El yambo, que por la rapidez de su ritmo se distancia de la epopeya, era originalmente cantado, pero su música se redujo después a un simple acompañamiento que servía de apoyo a la recitación.

Entre los yambógrafos cabe destacar, además de Arquíloco (670 a.C.), a Simónides (630 a.C.) e Hiponocle (540 a.C.)

La poesía **mélica** (de *μέλος*, "frase musical") era inseparable de la música, distinguiéndose de la elegía y el yambo por la utilización de metros más variados, a los que correspondía también mayor variedad de ritmos musicales.

Hay en ella dos escuelas claramente diferenciadas:

- La eólica, cuya poesía es más personal, se interpreta a una sola voz y se acompaña del bárbiton, variedad de cítara; tiene como representantes a Alceo (620 a.C.), Safo (610 a.C.) y el jonio Anacreonte (530 a.C.).

- La doria, definida por su carácter, en general, más nacional e interpretada por coros, en los que se une en ocasiones el canto y la danza; tuvo su centro en Esparta, desde donde se expandió al resto de Grecia. Las procesiones religiosas, los concursos de todo tipo, las fiestas en honor del vencedor en los grandes juegos, etc., proporcionaban el marco adecuado para recordar antiguos mitos y cantar las glorias presentes de la patria. Entre sus representantes cabe destacar a Alcman (650 a.C.), Estesícoro (600 a.C.), Íbico (540 a.C.), Simónides (n.556 a.C.), Píndaro (n.520 a.C.) y Baquílides (n.528 a.C.).

B)ROMA.

Supone la lírica, y, desde luego, la elegía, la lenta conquista por parte del sujeto que escribe, del tema literario que deja de ser algo estrictamente objetivo, que queda fuera del autor para convertirse, las más de las veces, en una confesión dolorida de desencanto o, cuando menos, la participación, aunque sea fingida, en los avatares de la vida que son, porque el sujeto que los describe quiere protagonizarlos, el único motivo y fin de esta literatura. Dicho de otra manera, lentamente por esta vía de interiorización, la literatura se subjetiviza y se crea una esfera íntima, ambigua, a veces indecisa entre la vida propia y la concepción intrapersonal del mundo, cuyos vectores no siempre coinciden con los presupuestos del género. Pocas veces el lenguaje se hace más equívoco que en la propia lírica, por cuanto comporta una especie de cosmovisión en la que se desea se subsuma el propio yo.

Entre las manifestaciones de la lírica ocupan lugar no de menor importancia las poesías que se han centrado, en alguna manera, en la producción **bucólica**. Y en cabeza, a distancia considerable, Virgilio. El mundo de la Arcadia, que ha significado uno de los descubrimientos capitales del pensamiento humano, ha tenido en las letras latinas y en Virgilio a uno de sus más felices cantores. Todos los seres que existen en la tierra tienen en común el dolor y la derrota, el amor que se olvida y la búsqueda de una respuesta que nunca llega a su angustia.

No creemos que pueda parecer excesiva la afirmación de que la **elegía**, tal y como la encontramos en la literatura latina, es una genuina creación de Roma, si bien los escritores latinos no tuvieron esa conciencia, que sí manifestaron en torno de la sátira. Es verdad que la elegía está y con nombres destacados a su frente en la literatura griega, mas el giro total y absoluto que le hizo dar el conjunto de escritores romanos fue, a más de sorprendente, una ganancia para siempre. El mundo interior del poeta era, por primera vez, y en contra de toda la preceptiva literaria al uso, el sujeto y el objeto -a un tiempo de la obra literaria. Un mundo de confesión personal que bordea la indigencia a orillas del fracaso se nos abre aquí. La circunstancia personal no era ya la anécdota por la que nos llegaba el mito tal y como sucede en la literatura griega, sino que aquí la proporción se invertía y llegaba casi hasta la anulación del elemento mitológico, para quedar sola la desnuda vivencia del escritor.

Es verdad que esta conquista, como todas las conquistas humanas importantes, fue una conquista dolorosa y lenta. Todavía, y por una cuestión meramente formal, se discute la pertenencia de Catulo al movimiento elegíaco, en tanto sigue entrando sin mayor escrúpulo la poesía ovidiana en tal apartado. Pero más allá de una cuestión externa, como pueda ser el metro empleado en la versificación, el mundo personal, la altura de sentimiento, la profundización en el drama interior que se vive como contradicción y paradoja, unen más de cerca a los autores Catulo, Tibulo y Propertio, y más estrechamente que una supuesta afinidad de escuela o una identidad de recursos versificatorios.

Cada uno de estos autores tiene su mundo, y su especial comprensión del mismo les ha llevado a una postura existencial cuya asunción ha sido su riesgo, pero también la fuente inspiradora de su poesía, que se alimentaba de aquella fuente de cuatro manantiales que es toda la verdad humana: la idea de la finitud, la labilidad, la culpa y el dolor. Es difícil en una lectura simpática de los autores elegíacos latinos no encontrar en sus versos estas manifestaciones que irrumpen en su poesía como la luz que nace del choque de sus vivencias agitadas y a menudo tortuosas que querían ser el desmentido de una realidad que en su sordidez les ahogaba. Entre el grito del dolor

y la esperanza dibujada más allá de toda desesperación, la búsqueda del sentido íntimo de las vivencias que no se entienden ya, la ubicación en una cosmovisión totalizadora de la propia vida, en un misterio que revele la transcendencia de nuestros avatares son el polo orientador de esta literatura que nacida de un desgarrar intenta una conformación superior. El fracaso de quien ve su ilusión rota, amenazando toda la estructura existencial del hombre, la contradicción viva de quien quiere seguir siendo leal a la vida emprendida y no puede por la razón de que en su torno ya esa vida no prosigue al paso que se deseó, quebrada en quien menos podía pensarse, la persona amada, que así inaugura el horrible drama de la culpa, que por estar encarnada en las personas queridas, comporta el dolor sin salida, acaso en la elegía sin la grandeza última que alcanzara esta meditación en la tragedia, pero s en la hondura de unas historias personales que unen en una íntima relación mutua el mundo de la propia vida intramundana y el del mito. Todo eso es el paisaje en el que la lírica elegíaca latina ha querido moverse como una necesidad que nacía de su propia esencia.

La línea central de la inspiración elegíaca ha sido el amor, y, quizás más acertadamente, la recusación de amor. En los momentos anteriores ha existido una literatura erótica en Roma que seguía las huellas de la poesía de tipo alejandrino. Sus representantes conocidos son Accio y Porcio Licino, pero sobre todo Lutacio Catulo, quien forma en su torno un círculo, ciertamente importante de escritores, entre los que destacan, además del ya citado, Licino, Valerio Edituo, Arquías de Antioquía y otros.

Un movimiento literario cuya ponderación nunca ha sido justamente valorada es el de los denominados *poetae noui*, caracterizados en su aspecto formal por su tendencia al preciosismo, sea a nivel métrico, sea a nivel de lengua, que les llevaba a ciertas posturas desdeñosas para con los usos antiguos y lo que le valdría la enemiga de un neotérico arrepentido, Cicerón. Los nombres más importantes de esta escuela son Helvio Cina, Valerio Catón, Bibáculo, Licinio Calvo, Cornificio y otros.

La **himnología religiosa** tiene a lo largo de la literatura latina muy dignos representantes. La principal muestra es el *Carmen saeculare* de Horacio que cantaron realmente muchachos y muchachas en honor de Apolo, como los portadores de la vida. Alusiones a himnos religiosos se encuentran en las descripciones de la fiestas campestres en la poesía tibuliana, en la propertiana y en otras poesías de Horacio.

Los autores cristianos escribieron un importante, tanto por la cantidad como por la calidad de su factura y contenido, lote de poesía himnica religiosa, también para abastecer las necesidades de su culto. El nombre primero y más importante es el de San Ambrosio, quien da carácter oficial al himno religioso cristiano. Otros autores son Prudencio, San Agustín, Paulino de Nola...

3-AUTORES LÍRICOS GRIEGOS

A)LÍRICOS GRIEGOS ARCAICOS

Bajo el epígrafe general de "lírica" reunimos varios géneros poéticos que los griegos distinguían con precisión, diversos tanto por su origen como por su métrica y por su representación social. La elegía, el yambo, la mélica, los poemas monódicos, los corales, las odas y los epigramas, se alternan en las páginas heterogéneas de la lírica. Probablemente la poesía más cercana a lo que en un sentido actual llamaríamos "lírica" es el *melos* eólico, es decir, la poesía personal de Safo, Alceo y Anacreonte, mientras que

resulta, al pronto, chocante considerar líricos los epinicios pindáricos, destinados a un coro festivo que conmemora religiosamente una victoria "deportiva".

Las bellezas de la forma métrica, el ritmo y la sonoridad de estos poemas antiguos desaparecen en cualquier versión moderna.

La poesía lírica es, como toda la poesía griega, un producto muy ajustado a unas normas formales muy fijas, y está muy encorsetada por unas pautas tradicionales prefijadas; es en cierta medida una poesía formular, muy influida por la dicción homérica y por un lenguaje literario un tanto artificial.. Pero por encima de estos rasgos formales es de una estupenda originalidad; refleja toda la personalidad de cada uno de estos primeros poetas de occidente.

Es una poesía ingenua y sencilla, con unos motivos esenciales que se reiteran: la muerte, el mar, las lanzas, los dioses variopintos, los caballos, las muchachas de gráciles tobillos y párpados pintados, el elogio de la juventud, la fugacidad del tiempo, los colores brillantes, las flores y la luna de Safo, el reclamo de la gloria, el fulgor del oro y del sol, la nostalgia, la invitación al goce, el amor penetrante, el vino que da alegría y olvido...

La sensación de la queja contra el tiempo, de la urgencia de la pasión, de lo irrepitable del individuo, se pronuncia aquí con tonos más audaces y sinceros, y las palabras poéticas guardan un aroma que perdura y un color que las estatuas han perdido y que las prosas transmiten mitigado.

B) PÍNDARO

Píndaro es un autor importantísimo por ser el primer lírico griego del que se conserva una considerable producción no fragmentaria y por alcanzarse en él la perfección de la lírica coral griega. Para la lírica, Píndaro representa una cima análoga a la de Homero para la épica.

Nace en Cinoscéfalas, pequeña localidad beocia, próxima a Tebas, en el 518 a.C., pero él siempre se consideró tebano.

Su juventud coincide con una encrucijada muy importante en la historia de Grecia: la decadencia del sistema aristocrático en vísperas del crecimiento del poder de Atenas al calor del nuevo régimen democrático, las guerras Médicas, el expansionismo creciente de Atenas...

Las Guerras Médicas suponen un trance especialmente delicado para Píndaro por el componente de enfrentamiento civil que supusieron para los mismos griegos. Tebas, como otras muchas ciudades con régimen oligárquico, se alineó con los invasores y se enfrentó con la coalición panhelénica. La llegada de Píndaro a Sicilia tiene lugar en esa época, concreta mente en 476, y puede entenderse como una manera de alejarse de los problemas que suponía su postura ante los acontecimiento. Este período coincidió con la etapa más brillante y productiva del autor.

La obra se inicia con un elaborado proemio, una introducción generalmente muy brillante que adopta diversas formas: una comparación de la propia oda con algún tipo de

construcción o de creación espectacular, una plegaria o invocación a un dios, una exhortación al coro, etc. En la continuación de este preámbulo aparecen las alusiones al presente: el nombre del vencedor y la prueba en que ha triunfado, la fiesta en que los juegos tienen lugar, la patria, la familia, triunfos pasados, entrenador, virtudes del atleta ganador, etc. A menudo se introducen asimismo alusiones al arte del poeta.

Píndaro cuenta entonces una historia del nutrido acervo de leyendas heroicas de los griegos, lo cual constituye un elemento consabido por sus oyentes en las líneas principales, pero que el poeta, no obstante, puede transformar en su narración, lo cual reafirma hasta qué punto el mito nunca es en Grecia algo cerrado e inalterable, sino que cada vez que un nuevo poeta acude a él. El poeta, en la idea de que el oyente ya conoce los elementos de la historia mítica, sabe contarla de forma alusiva, sigue un orden inverso al cronológico. Puede comenzar el mito *in medias res* para remontarse al principio y volver luego hacia adelante en el tiempo, selecciona lo que le interesa y omite lo que le resulta inútil para los aspectos ideológicos o estéticos que quiere destacar en un determinado momento, se detiene en un detalle puramente accidental y lo desarrolla enormemente a expensas del tema básico, los corta abruptamente, los moraliza, los embellece decorativamente, los inventa incluso.

Aunque el mito es componente fundamental de la mayoría de las odas, puede faltar, y de hecho así ocurre en algunas de las más breves, sustituido por una anécdota u omitido sin más máxima o la parte gnómica de la oda. Si el mito nos traslada al pasado, la máxima nos lleva al terreno de las verdades intemporales, ajenas al transcurso del tiempo. Generalmente la parte gnómica aparece antes del mito, con menos frecuencia le sirve de colofón. Máxima y mito configuran la cara y cruz de una misma moneda: el mito es la demostración en la práctica de los acontecimientos de la verdad expresada intemporalmente en la máxima.

Posteriormente la oda vuelve al presente, si bien con el enriquecimiento que supone haberse asomado previamente al pasado mítico y a la sabiduría básica de las verdades universales. Vuelven a aparecer las referencias al vencedor, a su familia y al propio poeta, propias de la primera parte del poema, así como los consejos al vencedor, principalmente exhortaciones a la moderación. Es curioso comprobar, sin embargo, que no hallamos, en correspondencia con el brillante proemio, un final igualmente elaborado. La oda acaba a veces en una forma que se nos antoja chocante, *ex abrupto*, con convencionales buenos deseos o en un anticlímax. Se trata de un rasgo propio de la poesía arcaica de la que, al fin y al cabo, Píndaro es un exponente.

C) CALÍMACO

Nació en Cirene (Libia) antes del año 300 a.C. Entre el 290 y 285 marchó a Alejandría donde, súbitamente empobrecido, se ganaba la vida como profesor de gramática. Ptolomeo II terminó por fijarse en el joven maestro de Cirene y le encargó llevar a cabo un catálogo completo de los fondos bibliográficos acumulados en la biblioteca de Alejandría. Su vida se prolongó hasta el reinado de Ptolomeo III: la fecha de su muerte generalmente admitida es la del 240 a.C.

La obra de Calímaco parece ser considerable. Escribió numerosas obras en prosa hoy perdidas y, como poeta, es autor, en primer lugar, de unos *Himnos* y de unos

Epigramas, las dos únicas obras que nos han llegado a través de la tradición manuscrita.

Seis composiciones comprende el libro de los **Himnos** calimaqueo, único que ha llegado de entre toda la obra del poeta en su integridad hasta nosotros. Se titulan: *A Zeus*, *A Apolo*, *A Artemis*, *A Delos*, *Al baño de Palas* y *A Deméter*. Están escritas en hexámetros, a excepción del *Baño*, que lo está en versos elegíacos. Los *Himnos* presentan una materia y una composición líricas, brindando al lirismo cantado una alternativa recitada, más ordenada, menos exaltada, más original y más sincera, relacionada íntimamente con la religión y el ceremonial religioso. *A Zeus* debe considerarse un caso aparte, mucho más cerca de la literatura pura que del culto a los dioses.

En los *Himnos II*, *V* y *VI*, los más personales, se mezclan en un conjunto originalísimamente combinado la forma épica, la materia lírica y la ordenación dramática de los elementos, faltando este último componente en los restantes; e igualmente se funden los tres temas característicos de esta himnica nueva: religioso, patriótico y ritual.

Rasgo común a todos los *Himnos* es la erudición, centrada en un envidiable dominio de la mitología y en un gusto obsesivo por la etimología en todas sus facetas. La erudición calimaquea es siempre pintoresca, con una puerta abierta a la imaginación y a la fantasía. Los nombres geográficos antiguos o las tradiciones míticas locales son en Calímaco sensaciones, no realidades absolutas.

El escepticismo de nuestro autor, unido a la actitud de curiosidad y de humor que mantiene con respecto a los mitos y leyendas divinas, no está reñido con su religiosidad: pocas veces se ha descrito con tanta unción el estado místico de entusiasmo y temor que provoca en los fieles la epifanía de la divinidad.

Por otra parte, Calímaco ha conmemorado, lamentado y vivido en sesenta y tres pequeñas composiciones, destinadas al grabador o a ser, más tarde, incluidas en la "corona", los grandes y pequeños acontecimientos de una vida consagrada, como todas las vidas, al dolor y a la risa, al vértigo del triunfo y a la agonía de la decepción. En ese cotidiano combate con el tiempo expresado en sus **Epigramas**, Calímaco ha de librar, por fuerza, continuas escaramuzas con el deseo y con la muerte: son los dos grandes signos del sistema calimaqueo. Junto a ellos, el vino y las ofrendas a los dioses constituyen los otros dos vértices temáticos de la colección.

En sus poemas nos encontramos la técnica del deseo permanente, tópico literario que en él reviste una profunda realidad psicológica; la presencia del vino, el tema de las ofrendas a los dioses, la poesía funeraria, las quejas...

Por último, el contenido de los **Aitia** es una muy amplia colección de indagaciones sobre el origen de determinados usos y noticias, notables sobre todo por su rareza, y en relación con los cuales había por lo general un conocimiento restringido a libros de erudición y crónicas locales.

En los cuatro libros de que la obra consta una parte muy importante la llenan argumentos de carácter cultural-mitológico en que se nos explica la causa remota de ciertos ritos, a veces incluso de términos a ellos referidos, y en algún caso se da también una referencia genealógica. Pero no ocupan escaso lugar los que atañen a fundaciones, ya sea de

ciudades ya sea de templos, juegos deportivos, narraciones legendarias, relatos eróticos.

Calímaco, según sus principios teóricos, ha rehuido las grandes materias, para reducirse a cuestiones locales, proporcionalmente insignificantes, a las que dota con su valía artística de un rango que previamente no poseían.

La *variatio* se la percibe de continuo, por ejemplo en la diversidad de los arranques temáticos, en la mezcla de narración y modos directos, en la presencia de diálogos y discursos, en la variedad de portavoces (musas, dioses, humanos), en el estilo y la lengua, en la disparidad de contenidos...

Otro aspecto relevante sería la erudición: esta obra ha de leerse con un abultado comentario al lado, cosa que ya hubo en la Antigüedad.

4-AUTORES LÍRICOS ROMANOS

A)CATULO

Nació en Verona, alrededor del año 84 a.C., muriendo 30 años después en Roma. Provenía de familia rica y adinerada. Comenzó a escribir desde muy joven, dedicándose por completo a esta vida bohemia. Quizás el momento más importante en su vida fue cuando conoció a Q. Metelo Celer y, por ende, a su esposa, Clodia. Ésta sería la causa de muchos de sus versos: ésta es la Lesbia que encontramos en sus poemas. El cambio de nombre es característica propia de los neotéricos (con el mismo número de sílabas).

Lesbia era una mujer bella, erudita, pero depravada en sus costumbres. Catulo se vio fuertemente enamorado de ella y alrededor de ella giran sus sentimientos y poemas.

El carácter de Catulo se podría resumir en: impulsivo y simpático, apasionado tanto en las amistades como sobre todo en las enemistades, de gustos refinados, mimado por la fortuna y nada ambicioso... Era un hombre entregado al ideal neotérico del *otium*, a la dulzura de la vida, al lujo, a los amigos y al amor de las mujeres, concretamente Lesbia, y a la poesía.

Su obra consta de 116 poemas, los cuales podemos dividir en dos tipos claramente diferenciados:

1-Los **yámnicos y epigramas**, de corta extensión y en donde se recogen los sentimientos personales del poeta y sus experiencias vividas.

En éstos encontramos diversos temas , pero el central sería el tema de Lesbia. No podemos saber cómo fue realmente la relación del poeta con su amante, pero sí podemos hacernos una idea cercana de ésta. En el poema 51 el poeta hace una copia del poema que escribiera Safo. Se hace partícipe de los sentimientos expresados por Safo unos siglos antes; ahora bien Catulo le añade una estrofa al final en donde aparece el poeta neotérico y hace un elogio del *otium*. En el p.5 aparece la locura de amor; en el p.8, la ruptura momentánea de los amantes; en el 82 y 83, la añoranza y despecho de Lesbia; en el 107, la reconciliación; en el 109 y 70, las desilusiones y la ligereza de Lesbia; en el 85, aparece el odio y el amor

mezclados, sentimiento constante del poeta; y en el p.11 nos encontramos ya la ruptura total entre los dos.

Es la personalidad fuerte a veces destemplada de Catulo quien para nosotros canta en acentos humanamente conmovedores su pasión rechazada. De un mundo turbio donde toda procacidad tiene su asiento, el alma del poeta se va elevando paulatinamente gracias a la pasión primero, luego amor profundo, que Catulo siente por Lesbia. No correspondido, burlado, su pasión incontenible se esfuerza por salir a salvo de un conflicto que le desgarrar y rompe, que le lleva desde la alocada pretensión de los mil inacabables besos hasta el *bene uelle* que se funda en la *fides*, la única verdad del corazón amante. Los momentos de felicidad llenan su vida en contraste con el mundo, pero, al igual, los momentos de abatimiento y de casi autodestrucción vienen a incardinarse en aquella felicidad demasiado breve, ya que el hombre debe dormir en una noche que no conoce el retorno, en tanto que el sol siempre renace. Simultáneamente con esta pasión, Catulo vive el angustioso drama de la muerte de su hermano y es allí junto a su tumba en la lejana Bitinia cuando acaso una revelación íntima llena de luz su alma, indecisa entre el odio y el amor. Llega la hora amarga de la resignación: el paisaje humano de la compañía y de la palabra de cariño se ha quebrado definitivamente, sin saber muy bien acaso por qué, pero la realidad se sobrepone, la muerte le dejó solo, sin voz amiga de hermano que acompañara ese otro momento contemporáneo, el de comprobar que la infidelidad de Lesbia destroza al pasar, como el arado la flor, su amor. La entereza insospechada de quien creció en medio de un mundo galante, de disipación y amores livianos, se acrecienta en virtud de su conversión a una religión misteriosa cuyas claves se desvelan con no poca dificultad en algunos de sus poemas. Habíamos mentado antes que con el dolor del poeta elegíaco se conectaban de alguna manera la meditación mítica con la reflexión personal que intenta orientar, reorientar más bien, la propia existencia a la luz del sufrimiento que llega en la hora cierta.

Además de estos poemas dedicados a Lesbia, encontramos en Catulo poemas referidos a experiencias amicales, descripciones de la naturaleza, pasquín político, pero, sobre todo, a la sátira privada.

Catulo es especialista en el improperio. Su vocabulario puede expresar tanto el momento delicado como el ataque furibundo y despiadado: puede ser tierno en el amor como grosero y obscena en la sátira. Nos podemos encontrar tanto la utilización de diminutivos, comparativos y superlativos en los poemas amorosos como el ataque duro y descarnado, directo y lleno de improperios, de los poemas satíricos.

2-Los **narrativos**, en donde no se alude a nadie en particular y en donde encontramos a un Catulo impersonal creando poemas impersonales.

Estos poemas, propios del *poeta doctus*, ocupan la zona central del libro. En ellos se nota la influencia de Calímaco. La poesía es tratada como algo formal: aparece un interés por el verso por sí mismo, se buscan bellas imágenes, es en sí *l'art pour l'art*. Catulo hace en estos poemas un alarde de conocimientos, se descubre un dominio total de recursos técnicos, con profusión de helenismos, relatos

sugestivos, descripciones coloristas y versificación noble.

Los poemas narrativos son los siguientes:

-P.61-62: epitalamios.

-P.63: trata el tema de Attis, traducido de Calímaco.

-P.64: bodas de Peleo y Tetis

-P.66: la cabellera de Berenice, también traducido de Calímaco.

-P.68: elegía a Alio, su hermano; se engarza con el mito: mezcla de amor y muerte

No debe extrañarnos la otra vertiente, siempre impostada de reflexión personal, a partir de la muerte como ausencia verbal, a la que Catulo dedica su musa, la de la poesía mitológica que le valió el título de *poeta doctus*. La angustia catuliana, su interiorización del dolor que apenas encuentra alivio, si no es en la soledad de las palabras más tristes que las de Simónides, son el testamento profundamente humano del primer elegíaco, que intentó sobrellevar la carga ya inútil, por burlada, de un amor que lo purificó en el largo proceso que va desde la corrupción refinada a la iluminación transcendental que esa vivencia asumida en su integridad le proporcionó.

B)OVIDIO

En cuanto a su biografía, nació el 20 de marzo del 43 a.C. Pertenecía a una familia acomodada, por lo que pudo hacer varios viajes y costearse su estancia en Atenas. Desde pronto descubrió una asombrosa facilidad a la poesía, a la que se dedicó exclusivamente. Tuvo tres esposas y una hija y parece que vivió una vida familiar feliz. Todo en su vida cambió cuando por un *carmen et error* fue desterrado por Augusto. Parece ser que el *carmen* fue su *Ars Amandi* y el *error* su participación en una supuesta conjura contra Augusto pensada por Pisón. Llega así su época de añoranza de Roma y de continuas súplicas a Augusto para ser perdonado. Muere el año 18 a.C.

Su obra es extensa y variada. Escribió:

-*Amores*, 3 libros, en donde sigue las huellas de Galo.

-*Heroidas*, 2 series, en donde personajes mitológicos, sobre todo mujeres, expresan sus sentimientos amorosos.

-*Ars amatoria*, 3 libros, en donde explica el arte de conseguir a la persona amada y cómo conservar el amor. El primer libro consta de consejos a los hombres para conseguir su amor; el segundo habla de cómo han de hacer los hombres para conservarlo, y en el tercero aconseja a las mujeres sobre la obtención del amor de su amante. Éste parece ser el libro que ocasionó su destierro.

-*Remedia amoris*, en donde intenta excusarse por el libro anterior e indica los medios para olvidar los amores fallidos.

-*De medicamine faciei*, que se conserva incompleto sobre los cuidados del rostro femenino.

-*Medea*, tragedia desaparecida.

-*Metamorfosis*.

-*Fasti*, indicando las festividades romanas y su razón.

-En el destierro escribirá *Tristia* (5 libros), *Ex ponto* (4 libros), *Ibis* y tres panegíricos perdidos, todos con el tema del perdón y de la vuelta a casa.

Aunque este autor se consideraba a sí mismo *poetae novi*, por la característica impersonal de su poesía no lo podemos incluir dentro de éstos.

C) HORACIO

Nadie quizás ha hecho tanto como Horacio por la poesía latina en cuanto a su grado formal se refiere. Ha adaptado, según una célebre confesión suya, los metros típicamente líricos, procedentes de los modelos griegos, a los módulos versificatorios latinos. No es ello exacto, pues los primeros atisbos conseguidos están ya en Catulo, mas es cierto que en una consideración global, y que, desde luego, en la riqueza de los metros empleados la labor de Horacio ha sido la primera, tanto cronológicamente como formalmente considerada su tarea. Ha ensayado su astro poético Horacio en mil aspectos y en todos ellos ha rayado a considerable altura. Es siempre peligroso separar demasiado en la producción de un autor las distintas facetas de la misma, lo que puede llevarnos a levantar un muro de incomprensiones en el análisis de su creación. Pero Horacio ha afirmado taxativamente que no todo lo que ha escrito en verso es poesía. Sin embargo, algún punto de contacto existe entre los epodos y la producción lírica de sus cuatro libros y en cierta manera una línea de pensamiento en evolución fatigosa desde el epicureísmo al estoicismo preside su producción lírica y se empalma con la producción satírica y epistolar. Y allí están las claves para entender su mundo lírico. Mundo lírico que a veces cobra los tintes anacreónticos y que otras se tiñe de un sentimiento de indefinida angustia. Pero ambos mundos no se contraponen sino que son el anverso y el reverso de una misma realidad: la vida humana. Horacio, fiel al epicureísmo, ha intentado sobrellevar la pesada carga de una ética que se resolvía en una teleología sin transcendencia alguna. El drama colosal del epicureísmo estuvo allí y nadie como Horacio lo ha vivido, si se hace excepción de Lucrecio. El desencanto personal de Horacio, su innegable pesimismo, se contrasta cuando frente a los mismos acontecimientos se cotejan las lecturas que de ellos hacen Virgilio y Horacio: es la conocida polémica entre la Bucólica IV y el epodo XVII: allí una esperanza que se vislumbra entre los estertores de un mundo que desaparece, aquí sólo la comprobación de una ruina que cae sobre el enloquecido mundo que se queda sin esperanza ninguna. Toda la lírica, al menos en sus aspectos más elevados, es en Horacio no otra cosa que una meditación en torno de la muerte. Precisamente por querer ser poesía de la vida, que no rehuye tampoco el aspecto del hombre político, del hombre que vive en una comunidad, también la musa de Horacio es musa del Estado, pero no de un

Estado suyo, que sus ideales fueron bien otros, sino del que la realidad le deparó y en el que hubo de reconocer el acierto de su rival de ayer. La idea de un fracaso ahondado en mil aspectos de la vida, conducía la vida de Horacio y su poesía, por consiguiente, dentro de una paradoja sin salida, de una pregunta que se atinaba a formular, pero que en estricta ley de fe epicúrea no podía tener otra respuesta. La muerte es el hilo conductor de su mundo. Ciertamente el pesimismo horaciano, aunque innegable, no es absoluto. Su postrera orientación hacia el estoicismo podía haber dado otro giro a su producción, pero la muerte, a la que tanto cantara, se lo llevó antes, mas su producción lírica supo aunar sin merma mutua los aspectos ambiguos de la vida. El momento alegre del *carpe diem* tuvo su raíz más verdadera en aquella estremecedora afirmación de que la muerte es la última línea de las cosas.

Nació en Venusia en el año 65 a.C., aunque pronto se trasladó a Roma. Estudió la *Iliada* y la *Odisea* y aprendió griego, viajando a Atenas para completar sus estudios. Se alistó con Bruto en contra de Augusto, con lo que su regreso vino marcado por la ruina. Virgilio lo presentó a Mecenas y fue éste el verdadero valedor de Horacio: le regaló una hacienda y lo relacionó con Augusto. Murió en el año 8 a.C. al poco de la muerte de Mecenas.

Su carácter se podría resumir en un hombre perspicaz, inclinado al escepticismo, crítico, celoso de su independencia, epicúreo y amante de los placeres de la vida y de la sencillez y de buen gusto.

Su obra será:

-*Epodos*, 17 poemas breves en dísticos yámicos, en los que imita a Virgilio y critica y satiriza a personajes de poca importancia (para no tener problemas posteriores). Algunos no son satíricos.

-*Sátiras*: 2 libros (10 y 8 poemas). En ellos toma como modelo a Lucilio, al que supera en la forma, aunque no en la sátira. Su sátira va dirigida a personajes poco relevantes: nos encontramos sátira social (adulterio, prostitución, cazador de herencias...), predicación filosófica y popular, anécdotas irónicas... Hay perfección en los diálogos, en los ejemplos ilustrativos, variedad, lenguaje, hexámetro...

-*Odas*, 4 libros. En ellos se da el paso de la lírica eólica griega a Roma. Sus fuentes son Píndaro, Anacreonte, Alceo y Safo, aunque su obra es original, no una mera traducción de sus modelos. Los temas que aparecen son diversos: mitología, reflexiones filosóficas, paisajes, amistad, vivencias amorosas (eso sí, impersonales), amoroso y político...

Su lírica es racional, en donde encontramos culto al emperador y a la propia estima del poeta. Estaban destinados al canto, de ahí su nombre: *carmina*.

-*Epístolas*: 2 libros (20 y 3). En el primer libro encontramos epístolas con temas de carácter personal, con consejos morales y normas de conducta; el segundo libro es el más importante y ocupa las epístolas más largas, una de ellas dedicada a los Pisones, considerada como el ars poética de Horacio.

-*Carmen saeculare*, que es un himno en honor de los dioses con motivo de las

fiestas seculares (año 17).

TEXTOS

LÍRICOS ARCAICOS GRIEGOS

ELEGÍA

CALINO

Canto de exhortación al combate: poesía patriótica.

¿Hasta cuando estaréis recostados? Jóvenes, ¿cuándo tendréis un pecho valiente? De tanto abandono, ¿no os avergüenzan los pueblos vecinos? ¡Pensabais quedar en paz, y a todo el país lo tiene la guerra! ... que todos lancen el último dardo, al morir. Porque es noble y glorioso que luche el hombre, en defensa de su tierra y de hijos y esposa legítima, con quien los ataca; y la muerte, no habrá de venir sino cuando las Moiras la hilaren. Hala, id todos al frente, lanza en mano y oculto detrás del escudo el robusto corazón, tan pronto se trabe el combate. Pues no está en el destino que el hombre se libre de muerte, ni aunque remonte su stirpe a un dios inmortal. A veces, uno que escapa al estrago y al golpe del dardo, regresa, y la muerte fatal lo encuentra en su casa. Mas a ese tal no lo quieren ni lo echan de menos, y a otro lo lloran ricos y pobres, si algo le pasa; porque al bravo guerrero que muere, el pueblo lo añora y, si vive, casi lo tiene por dios; porque a sus ojos lo ve igual que si viera una torre; porque cumple hazañas de muchos, él solo.

1 D

TIRTEO

Es admirable haber muerto, cuando ha caído en vanguardia un hombre valiente peleando en bien de la patria. Pero dejar la propia ciudad y los campos fecundos y andar mendigando es lo más doloroso de todo, vagando sin fin con la madre querida y el padre ya viejo y la esposa legítima e hijos pequeños... Jóvenes, hala, luchad con firmeza, hombro con hombro, no empecéis la infame huida ni el miedo, haceos, dentro del pecho, el ánimo grande y robusto, no penséis en la vida peleando en el frente.

6.7 D,1-6,15-18

MIMNERMO

¿Y qué vida, y qué goce, quitando a Afrodita de oro? Morirme quisiera cuando no importen ya más los amores ocultos, los dulces obsequios, la cama, cuanto de amable tiene la flor de la edad para hombre y mujer; pues tan pronto llega la triste vejez, que hace al hombre feo y malo a la par, sin cesar le consumen el alma los viles cuidados, ya no se alegra mirando a los rayos del sol, los muchachos le odian, lo vejan también las mujeres; tan terrible dispuso Dios la vejez.

1 D

SOLÓN

Porque es verdad que al pueblo le di privilegios bastantes, sin nada quitarle de su dignidad ni añadirle; y en cuanto a la gente influyente y que era notada por rica cuidé también de éstos, a fin de evitarles maltratos; alzando un escudo alrededor mío, aguanté a los dos bandos, y no le dejé ganar sin justicia a ninguno. Como mejor obedece el pueblo a sus jefes, es cuando no anda muy suelto, sin que se sienta apretado; pues de la hartura nace el abuso, tan pronto dispone de muchas riquezas el hombre incapaz de ajustárseles... Cuesta, en aquello que importa, agradecerles a todos.

5D

Elegía a las Musas.

Hijas espléndidas de la Memoria y del Zeus del Olimpo, Musas de la Piéride, oíd esta súplica: dadme bonanza, tocante a los dioses felices; y en cunio toca a los hombres, que tenga siempre un buen nombre; que endulce la vida al amigo y amargue la del enemigo, respetado por unos, terrible a los otros. Riquezas, deseo tenerlas, pero con fraude no quiero guardarlas conmigo: la pena al final siempre llega. Los bienes que donan los dioses se quedan al lado del hombre firmes desde la última raíz a la copa; pero aquellos que el hombre persigue abusando, no vienen con orden; ceden a injustos manejos e indóciles siguen, pero no tarda en ponerse en medio el desastre... Igual se presenta el castigo de Zeus..., pero jamás se le oculta del todo aquel que en su pecho alberga injusticia, y siempre al final lo descubre. Paga éste enseguida, el otro más tarde; uno escapa y no le toca el destino que le envían los dioses; no obstante él vuelve al cobro; y sin culpa pagan la pena los hijos de aquél o su posterior descendencia...

No tiene un término claro, el afán de riquezas del hombre; así, los que tienen hoy día fortuna mayor se esfuerzan el doble; y ¿cómo es posible saciarlos a todos? Los inmortales les dan su ganancia a los hombres, y de ellos procede también el desastre que, cuando Zeus lo envía en castigo, sufre cada uno a su tiempo

1 D

YAMBO

ARQUÍLOCO

Corazón, corazón, si te turban pesares invencibles, ¡arriba! resístele al contrario ofreciéndole el pecho de frente, y al ardid del enemigo oponte con firmeza. Y si sales vencedor, disimula, corazón, no te ufanes, ni, de salir vencido, te envilezcas llorando en casa. No les dejes que importen demasiado tu dicha en los éxitos, tu pena en los fracasos. Comprende que en la vida impera la alternancia.

67 Ad

No me importa, todo el oro de Giges, jamás se lo envidié, ni tengo celos del poder de los dioses, ni me atrae la altiva tiranía. No es bastante para que en ello mi atención fije.

22 D

Chupaba como chupa su cerveza, con una caña, cualquier tracio o frigio; y gacha la cabeza se esforzaba.

28 D

No es una la Naturaleza humana; cada cual a su modo encanta el ánimo: se emplea el lindo en apañarse el miembro y el boyero en vencer a la tarántula. Ningún otro adivino te dijo eso, sino yo; y es que Zeus, de los olímpicos el padre, un don egregio me ha otorgado.

41 D

SEMÓNIDES

Catálogo de las mujeres.

Dios hizo diferentes las mujeres desde un principio. A una, la sacó de la hispida cochina, y en su casa anda todo rodando por el suelo, revuelto y rezumando porquería; pero ella, sucia y con la ropa sucia, aposentada en la basura, engorda.

Otra, a quien Dios formó de la maligna zorra, lo sabe todo. Nada malo se le escapa y tampoco nada bueno; pues siempre está diciendo que algo es malo o que al contrario es bueno: a cada rato se nos presenta de un humor distinto.

Otra sale a la perra, vivaracha como ésta, fiel estampa de su madre, que quiere oírlo todo y enterarse, y atisbando se mete en todas partes, y aun no viendo a nadie, a ése le ladra. No la para el marido, que amenaza o que, a pedradas, el diente le quebrante o le hable con cariño; hasta sentada con extraños, sigue empeñada en ladrar inútilmente.

A otra la modelaron los olímpicos con barro, y salió torpe, y a los hombres se la dieron tal cual. No sabe nada, bueno ni malo, esa mujer; no entiende sino en hincar el diente, de labores. Y si el invierno aprieta pasa frío, no atinando a acercar su asiento al fuego.

Otra es del mar y tiene dos maneras. Ríe contenta un día, y el extraño que la vea en la casa, hará su elogio diciendo: "No se ha visto otra mujer mejor ni más amable en todo el mundo". Y al otro no soporta que la miren ni que la rondan cerca: se enfurece, hosca como una perra con sus cachorros, y es áspera con todos, y disgusta igual a los amigos y enemigos; como el mar, que unas veces está en calma y propicio, en verano, para gozo del marinero, y otras se enfurece y se levanta en olas resonantes. Sí, es la mar a quien más se le parece esa mujer, en la índole inestable.

Otra es un asno apaleado y gris que apenas por la fuerza y con insultos consiente en algo al fin, y a quien le duele hasta lo que le gusta... Para hacer el amor, de todos modos, cualquier patán que venga le gusta.

Y otra, la comadreja, es una especie mala y ruin, sin nada amable o bello, nada que satisfaga o se desee. Estando loca por ir a la cama le da náuseas al hombre disponible...

A otra debió parirla una exquisita yegua de largas crines, pues no quiere hacer de criada ni matarse en eso, y no le da al molino ni levanta la criba ni echa fuera la basura... Se quita el pringue dos veces al día y a veces tres, y se unge con esencias; y siempre lleva el pelo bien peinado, largo, y con lindas flores que lo adornan. Bella es de ver una hembra así, a lo menos para el otro, aunque no para su dueño...

Otra sale a la mona: es la peor calamidad que Zeus envía al hombre. Es muy fea de cara, y cuando cruza el pueblo, a todo el mundo le entra risa; de tan enana, apenas adelante, y anda, de tan delgada, sin trasero... No quiere hacer el bien: muy al contrario todo el día examina y considera cómo hacerle a la gente el mayor daño.

Y la abeja, ¡dichoso el que la tiene!. Sola a quien no le va ningún reproche, ella estira y aumenta nuestra vida. Y amada al lado del marido amante, envejece cuidando de los hijos. Se distingue entre todas las mujeres y una divina gracia la rodea. Y no quiere sentarse con las otras para contarse cuentos con el sexo. De las mujeres que Zeus al hombre, éstas son las más buenas y prudentes...

Pues la cosa mala que hizo Zeus es la mujer. Pensamos que nos sirve, y es lo más malo para el que la tiene. Pues no pasa tranquilo un día entero el que vive casado con una mujer...

Todos alabarán la mujer propia, si hablan de ella, y execrarán la ajena; y sin embargo, hay que reconocerlo, de todos es idéntica la suerte.

7 D

MONODIA

SAFO

Me parece el igual de un dios, el hombre que frente a ti se sienta, y tan de cerca te escucha absorto hablarle con dulzura y reírte con amor. Eso, no miento, no, me sobresalta dentro del pecho el corazón; pues cuando te miro un solo instante, ya no puedo decir ni una palabra, la lengua se me hiela, y un sutil fuego no tarda en recorrer mi piel, mis ojos no ven nada, y el oído me zumba, y un sudor frío me cubre, y un temblor me agita todo el cuerpo, y estoy, más que la hierba pálida, y siento que me falta poco para quedarme muerta.

31 L-P

ALCEO

¡Ahora es cuando hay que embriagarse bebiendo hasta perder el tino, pues que Mirsilo ya está muerto! ... El mal nacido Pítaco es el que han puesto de tirano de esta ciudad sin templo y malhadada; y a grandes voces todos le dan vítores.

332 y 348 L-P

ANACREONTE

Eros, viendo que empieza a encanecer mi barba, con el soplo de sus alas que brillan como el oro me pasa por el lado.

34 P

Ya tengo las sienes blancas y con brillo la cabeza, ya la juventud graciosa se fue, y el diente está viejo. De la dulce vida es poco el tiempo que aún

me queda; por esto a menudo lloro; el Tártaro me da miedo. Pues del Hades al abismo es terrible, y doloroso bajar allí, y es seguro que el que baja ya no sube.

50 P

CORAL

PÍNDARO

Proemio.

¡Himnos, soberanos de la lira! ¿A qué dios, a qué héroe, a qué hombre cantaremos? Sin duda Pisa es de Zeus; la Olimpiada, como lo máspreciado del botín de guerra, la instituyó Heracles: y es a Terón a quien debemos celebrar por su cuadriga victoriosa, hombre justo por su observancia de la hospitalidad, baluarte de Acragante, salvaguarda de la ciudad, flor de ilustres mayores.

Píndaro, Olímpica, II, 1-7

Olivo para coronar traído por Heracles.

En honor de cualquiera a quien un estricto juez de Grecia, un etolio, en cumplimiento de antiguos mandatos de Heracles, le ciña por cima de sus párpados, en torno a su cabello, el ornato grisáceo del olivo que desde los veneros muy umbríos del Istro trajera un día el hijo de Anfitríón. ¡Es el recuerdo más hermoso de los certámenes de Olimpia!

Después de persuadirlos con su verbo y abrigando leales pensamientos, pedía a los hiperbóreos, comunidad sierva de Apolo, para el sacro recinto de Zeus, que a todos alberga, un árbol que a los hombres les brindara sombra común y corona de victorias. Pues ya, mediado el mes, después que se le habían consagrado a su padre los altares, la Luna de áureo carro había hecho brillar ante él su nocturno ojo por entero.

Al mismo tiempo había instaurado Heracles el justo fallo de los grandes juegos y su ciclo cuadrienal en los divinos ribazos del Alfeo. Mas no florecía de hermosos árboles en sus cañadas la región del Cronio Pélope; desnudo de ellos, el jardín dio a Heracles la impresión de que se hallaba muy expuesto a los penetrantes rayos del sol. Su ánimo entonces lo impulsó a encaminarse de inmediato hacia la tierra Istria. Allí la hija de Leto, auriga de corceles, lo había acogido a su llegada de las sinuosas barrancas y quebradas de Arcadia, cuando la obligación contraída por su padre forzaba a Heracles a que, por encargo de Euristeo, trajera la cierva de áurea cornamenta, a l que en tiempos Taíeta dedicara como ofrenda consagrada a Ortosia.

En su persecución, vio la tierra aquella, allende el soplo del helado Bóreas. Se detuvo allí y admiró los árboles. A Heracles le invadió el dulce anhelo de plantarlos en torno a la meta de la carrera de corceles que doce veces debe rodearse. Y aún acude benévolo a esa fiesta, en compañía de los gemelos, parejos a los dioses, hijos de Leda de ajustado talle.

Píndaro, Olímpica, III, 11-35

Advertencia final.

Y al hombre que halló la gloria con sus puños y concédele el venerado prestigio entre propios y extraños. Porque él sigue sin torcerse un camino que aborrece la soberbia, y conoce bien lo que advirtieron las rectas inteligencias de sus nobles antepasados. No sumas en la oscuridad el común origen de Calianacte. Con los triunfos de los Erátidas también está en fiestas la ciudad, pero en un solo instante pueden levantarse brisas en sentidos opuestos.

Píndaro, Olímpica, VII, 89-95

Proemio con elogio a la música.

Aurea forminge, legítimo patrimonio de Apolo y las Musas de violáceas trenzas, a la que presta oído el paso cadencioso, comienzo de la fiesta triunfal. Obedecen los cantores a tus pautas cuando, pulsada, conformas el tañer de los preludios que a la danza abren camino. Extingues incluso el rayo alanceador, fuego perenne. Dormita asimismo sobre el cetro de Zeus, reposando a ambos lados sus raudas alas, el águila.

Píndaro, Pítica, I, 1-6

Camino infinito por doquier tengo ante mí, Meliso, por gracia de los dioses, pues sobrada ocasión me has brindado en los juegos del Istmo para perseguir vuestras victorias con mi himno. En ellas florecen siempre los hijos de Cleónimo cuando, con la ayuda de un dios, cruzan la meta mortal de su existencia. En diversas direcciones dirige a cada hombre con su empuje un viento diferente.

Honrados en Tebas desde siempre, se considera en efecto a los hijos de Cleónimo solícitos con sus vecinos y desconocedores de la arrogancia jactanciosa. Cuantas muestras de la inmensa estima de los hombres, muertos y vivos, soplan sobre las gentes, las han gozado plenamente. Y, por sus supremas hazañas, llegan desde su tierra hasta las columnas de Heracles, ¡que no ambicionen un triunfo aún más grande! Se hicieron criadores de corceles y contentaron al bronceo Ares. Pero, en un solo día, la cruel ventisca de la guerra despobló de cuatro hombres el venturoso hogar. Mas ahora de nuevo ha florecido, como tras los meses de invernal oscuridad, la tierra variopinta con purpúreas rosas por designio de los dioses. El que hace temblar la tierra, el morador de Onquesto y del puente de mar a mar ante los muros de Corinto, por procurar a su estirpe este himno admirable, levanta de su lecho a la antigua fama por gloriosas proezas, pues yacía sumida en el sueño. Ahora, en cambio, hace brillar, despierta, su figura, como entre los otros astros la esplendente estrella matutina.

Cuando esa fama proclamó la victoria de su carro en las alturas de Atenas y en los juegos de Sición en honor de Adrasto, le procuró guirnaldas de cantos como éstas, de los poetas que entonces existían. Mas no mantuvieron su curvado carro lejos de las fiestas en que todos participan, sino que se gozaban por su prodigalidad con los corceles compitiendo con los griegos todos. Pues para quienes no se aventuran no hay sino silencio sin gloria.

Mas incluso para quienes contienden en la lid hay incertidumbre por su suerte hasta que logran la meta final. Porque aquella dejara de lo uno y de lo otro, y la maña de contrincantes peores echa por tierra y hace fracasar a uno más fuerte. Ya conocéis sin duda el valor de Áyax que, ensartado en su propia espada al filo del alba, es un baldón sangriento para cuantos hijos de los griegos a Troya marcharon.

Mas sin duda mantiene su gloria entre los hombres Homero quien, por haber exaltado todo su valor, enseñó a los venideros a cantarlo al son del báculo de los versos divinos. Pues aquello que alguien dice bien, avanza con voz inmortal. Y se abre paso sobre la tierra feraz y a través de la mar el rayo por siempre inextinguible de las hazañas hermosas.

¡Ojalá consiguiera de las Musas amables encender también aquella antorcha de himnos en honor de Meliso, vástago de Telesiades, como digna corona del pancracio! Pues por su audacia se asemeja al arrojado de los fieros leones de bronco rugido en la lucha, y en su astucia, es la zorra que, tendida sobre su lomo, resiste la calada del águila. Todo vale con tal de debilitar al adversario. Porque a Meliso no le ha tocado en suerte la estatura de un Orión, sino que es un alfeñique de ver, pero agobiante al encontrárselo en la lucha. Por cierto que también llegó antaño a la morada de Anteo, dispuesto a luchar con él, desde la Tebas de Cadmo, a Libia fecunda en trigo, un varón exiguo de estatura, pero inquebrantable de ánimo, para impedir que techara el templo de Posidón con cráneos de extranjeros. Era el hijo de Alcmena. Y entró en el Olimpo, luego de haber explorado la superficie de la tierra entera y de la mar grisácea de altos acantilados y tras haber pacificado el tránsito para las navegaciones. Ahora, junto al portador de la égida, vive disfrutando la más hermosa dicha; como amigo lo honran los inmortales y, señor de un palacio de oro y yerno de Hera, tiene por esposa a Hebe.

Al disponerle un banquete y coronas de altares recién hechas fuera de las Puertas Electras, sus conciudadanos magnificamos los sacrificios consumidos a fuego en su honor por los ocho hijos armados de bronce que se le murieron y que le había parido Mégara, la hija de Creonte. En su honor, al ocaso de los rayos del sol, una llama que brota sin cesar pasa la noche en vela, coceando el cielo con su humareda aromada de grasa.

Y al día siguiente llega la prueba de fuerza, meta de las competiciones anuales. Allí, blanqueando con el mirto su cabeza, Meliso hizo proclamar, ya hombre, una doble victoria, y antes una tercera sobre muchachos, obediente al muy sensato consejo del piloto que lo timoneaba. Con Orseas lo celebraré, destilando gloria placentera.

Píndaro, Ítsmica, IV

ALCMÁN

Duermen de las montañas las cumbres y los valles, y alcores y barrancas, y el bosque, y cuantos animales la tierra oscura cría y las fieras del monte, y los enjambres, y el monstruo en los fondos del mar rielante; y duermen las muchedumbres de aves de largas alas.

89 P

SIMÓNIDES

Siendo humano, nunca digas lo que va a pasar mañana; ni, si ves feliz a un hombre, cuánto tiempo ha de durarle. No es más rápido el esguince de la mosca de ala larga que el mudar de los mortales.

16 P

De los que en las Termópilas cayeron gloriosa es la fortuna y noble es el destino, y es un altar la tumba, y en vez de llanto tienen el recuerdo y la alabanza por lamento; y nunca desaparecerá esta sepultura por decaimiento ni por el que lo doma todo, el tiempo. Este recinto de hombres valientes, al honor de Grecia, sirve de habitación; para testigo, el rey de Esparta, Leónidas, quien deja en herencia un portento de heroísmo y gloria eterna.

26 P

TEOGNIS

Cirno, la ciudad es aún la misma, pero la gente es otra; aquellos que antes no conocían el derecho ni las leyes sino que en torno a su cuerpo gastaban pieles caprinas y se apacentaban fuera de la ciudad como ciervos, ahora son los nobles, oh Polipaidés, y los que antes eran los nobles ahora son gente villana. ¿Quién puede soportar ver esto? Se engañan unos a otros y se burlan entre sí, sin tener idea alguna del bien y del mal, pero tú, oh Polipaidés, no te hagas amigo de ninguno de estos ciudadanos ni de corazón ni por necesidad alguna.

I,53-62

BAQUÍLIDES

Para quien tiene sabia cordura pronuncio palabras comprensibles. El profundo éter es incorruptible, el agua del mar no se pudre, gozo es el oro; pero para el hombre, llegado a canosa ancianidad, no es posible recuperar de nuevo la floreciente juventud. Mas el esplendor de la virtud no disminuye para los mortales al tiempo que el cuerpo, sino que la alimenta la Musa. Oh Hierón, bellísimas flores de felicidad mostraste a los mortales; a quien ha tenido fortuna no aparta honra el silencio. Con la verdad de cosas bellas cada uno celebrará también la gracia del ruiseñor de Ceos de voz de miel.

Oda II

CALÍMACO

HIMNO A APOLO

¡Cómo se agita la rama de laurel de Apolo! ¡Cómo se agita su morada entera! Lejos, lejos de aquí todo malvado. Ya golpea Febo las puertas con su bello pie. De pronto, la palmera Delia se inclina dulcemente, ¿no lo ves?, y el hermoso canto del cisne se esparce por el aire. ¡Abríos vosotros mismos, cerrojos de las puertas! ¡Tirad, llaves! El dios no está lejos. Y vosotros, jóvenes, preparaos para el canto y para la danza.

Apolo no se muestra a todos, sino solamente al que es bueno. Quien lo ve, ése es feliz, y quien no lo ve, desgraciado. Te veremos, oh Flechador, y no seremos nunca desgraciados. Que los niños no tengan silenciosa la cítara ni el paso callado cuando Febo esté en su morada, si es que quieren casarse y llegar a ver blancos sus cabellos, y si ha de permanecer la muralla sobre los antiguos cimientos. Me complazco en los niños, porque su lira ya no está inactiva.

Guardad silencio mientras escucháis el canto de Apolo. Incluso el mar guarda silencio cuando celebran los aedos la cítara o el arco, instrumentos de Febo Licoreo. Ni siquiera Tetis persiste en sus desolados lamentos por Aquiles, su hijo, cuando escucha el *hié peán*, *hié peán*; y la roca que llora

deja para más tarde sus dolores, la piedra húmeda que está fija en Frigia, mármol silente en vez de mujer que exhala dolorosos gemidos. Gritad *hié, hié*. No es bueno rivalizar con los bienaventurados. Quien lucha contra ellos lucha contra mi rey; quien ataca a mi rey también ataca a Apolo. El dios honrará al coro, si es que canta a su voluntad. Lo puede hacer, pues se sienta a la diestra de Zeus. El coro cantará a Febo no sólo una jornada: debe ser celebrado en muchos himnos. ¡Qué fácil es cantar a Febo!

De oro es el manto de Apolo, y la túnica que se abrocha; de oro es su lira, y el arco Lictio y la faretra; de oro son también sus sandalias. Apolo es todo el oro y riqueza: Pito es buena prueba de ello. Siempre es hermoso, siempre es joven. Ni el más mínimo bozo cubrió jamás las tiernas mejillas de Febo. Sus cabellos derraman por tierra esencias perfumadas, pero no es un aceite aromático lo que destilan sus melenas, sino la mismísima panacea: en la ciudad en la que alguna de esas gotas cae al suelo, todo es inmortal.

Nadie tan rico en artes como Apolo. Le pertenecen tanto el arquero como el aedo, pues el arco y el canto están encomendados a Febo. Suyos son las profetisas y los adivinos. Febo es quien ha enseñado a los médicos el arte de retrasar la muerte.

Invocamos también a Apolo como Nomio desde que en las riberas del Anfriso cuidaba de las yeguas de tiro, ardiendo de deseo por el joven Admeto. Fácilmente el ganado se multiplicará, y las cabras de los rebaños no carecerán de crías, si Apolo fija en ellas, mientras pacen, sus ojos. Las ovejas darán leche y no permanecerán estériles, y todas tendrán descendencia, y la que sólo parió una cría dará a luz en seguida gemelos.

Siguiendo a Febo planearon los hombres sus ciudades, pues Febo se complace siempre en la fundación de ciudades, y el propio Febo construye los cimientos. Tenía cuatro años cuando lo hizo por primera vez en la bella Ortigia, cerca del lago circular. Cuando volvía de la caza, Artemis traía cabezas y cabezas de cabras Cintiades, y Apolo edificó con ellas un altar: de cuernos hizo el basamento, con cuernos ajustó el altar, córneos eran los muros que puso alrededor. Así aprendió por vez primera Febo a erigir los cimientos de las ciudades.

Fue también Febo quien indicó a Bato mi ciudad de suelo fecundo, y, en forma de cuervo, a la derecha del fundador, guió la entrada en Libia de su pueblo. Y juró dar murallas a nuestros reyes. Apolo siempre es fiel a sus juramentos.

Muchos te llaman Boedromio, Apolo, muchos te llaman Clario; en todas partes tienes muchos nombres. Yo te llamo Carneio: así te llaman en mi patria: Esparta fue, Carneio, tu primera morada; la segunda fue Tera; la tercera, la ciudad de Cirene. Un descendiente, el sexto, de Edipo te llevó desde Esparta a la colonia Terea. Y desde Tera el fuerte Aristóteles te condujo a la tierra Asbístide: te construyó un hermosísimo santuario e instituyó en la ciudad un sacrificio anual en el que muchos toros, oh soberano, se precipitan por última vez sobre sus flancos. *Hié, hié*, Carneio, tan invocado por los suplicantes, tus altares se cubren en primavera de tantas y tan diversas flores cuantas las Horas traen cuando el Céfito sopla rocío, y en invierno, de dulce azafrán. Para ti brilla siempre el fuego inextinguible, y nunca se amontona la ceniza sobre el carbón de ayer. Grande alegría sintió Febo cuando llegado el tiempo de las sagradas fiestas Carneas, los guerreros de Enio, ceñidos para el combate, danzaron entre las rubias Libias. No habían podido aún los Dorios acercarse a las fuentes de Cire: habitaban Acilis, de espesos valles. El propio Soberano los vio y los mostró a su ninfa desde lo alto de la cumbre Mirtusa, allí donde la Hipseide mató al león que devastaba los rebaños de Eurípilo. No vio otro coro Apolo más divino que aquél, ni otorgó a ninguna ciudad tantos beneficios como a Cirene, en recuerdo del rapto de antaño. Y los Batíadas veneraron a Febo sobre todos los dioses.

Hié, hié peán oímos: fue el primer estribillo que inventó el pueblo Delfo para ti, al tiempo que mostraste tu habilidad con el arco de oro. Hacia Pito te dirigías cuando salió a tu encuentro la prodigiosa fiera, la terrible serpiente. Tú la mataste, disparándole, una tras otra, agudas Bechas. Y gritó el pueblo: "*Hié, hié peán*, lanza tus dardos. Ya te engendró tu madre como auxiliador". Desde entonces se te saluda así.

La Envidia habló furtivamente al oído de Apolo: "No me gusta el aedo cuyo canto no es como el mar". Apolo rechazó a la Envidia con el pie y dijo así: "«Grande es la corriente del río Asirio, pero arrastra en sus aguas muchos lodos y muchas inmundicias. A Deon no le llevan las abejas agua de cualquier procedencia, sino el pequeño chorro que mana, sin mancha y puro, de la fuente sacra: la suprema delicia".

Salud soberano. Y que el Reproche vaya también adonde está la Envidia.

EPIGRAMA XXXII

Sé que mis manos se encuentran vacías de dinero. Pero no me repitas, Menipo, por las Gracias, lo que es mi pesadilla. Me duele oír continuamente los mismos amargos reproches. Sin duda, querido, de cuanto de ti he recibido ésa es la mayor prueba de desamor.

EPIGRAMA LI

Cuatro son ya las Gracias, pues a las tres antiguas ha venido a añadirse, recientemente, una: todavía está húmeda de esencias perfumadas: Berenice, feliz y brillante entre todas. Sin ella no son Gracias ya las Gracias.

EPIGRAMA XIII

¿Es aquí donde Cáridas yace? "Aquí yace, si te refieres al hijo de Arimas el Cireneo." Cáridas, ¿qué hay abajo? "Numerosa tiniebla." ¿Y los regresos? "Un embuste." ¿Plutón? "Fábula pura". ¿Estoy perdido! "Éstas son mis palabras verdaderas. Si quieres otras que te agraden más, sábetelas que en el Hades un buey grande cuesta un óbolo de Pela."

EPIGRAMA LXIII

Así durmieras tú, Conopion, como a mí me obligas a dormir junto a este helado pórtico. Así duermas, oh tú, la más cruel, como haces dormir a quien te ama. Ni siquiera entre sueños te ha salido al encuentro la piedad. Los vecinos se compadecen. Tú, ni siquiera en sueños. Pero el primer cabello blanco todo esto, al punto, habrá de recordarte.

FRAGMENTOS AITIA

EL RIZO DE BERENICE

Berenice, esposa de Tolomeo III (Evérgetes), tras el feliz regreso de su marido de la campaña de Asia (247-6) consagró, según una muy antigua costumbre, un rizo de su pelo. El rizo.

depositado en un templo, desapareció misteriosamente, pero Conón, astrónomo de la Corte, lo identificó con una constelación situada dentro del círculo que forman la Osa Mayor, el Boyero, Virgo y Leo. En el texto de Calímaco es el propio rizo el que habla. Este fragmento remata prácticamente la obra, y este final, con un catasterismo como tema, no puede menos de recordar el final de las Metamorfosis de Ovidio (XV 745-851), con la transformación de César en astro. El sentido de La elegía de Calímaco puede seguirse paso a paso con la ayuda de Catulo (66), guía obligada tanto para la ordenación de los pasajes como para la interpretación. El que una poesía de tipo cortesano y meramente circunstancial como ésta forme parte de Aitia no puede menos de sorprender. De ahí que haya podido formularse una hipótesis, en principio muy verosímil, sobre una doble redacción.

Cuando miraba la región celeste toda, entre las líneas dibujadas, por donde se deslizan... me divisó Conón, allá en lo alto, el rizo que Berenice a todas las deidades consagrara... (emblema de la nocturna pugna)...(animosa Berenice)... Por tu cabeza y por tu vida juré... Remonta por encima el brillante (descendiente) de Tía, el Pico de tu madre Arsínoe, Y por el corazón del Atos atravesaron las naves funestas de los medos.

¿Qué podremos hacer nosotras, unas trenzas, cuando montañas semejantes ante el hierro ceden? Así perezca el pueblo de los cálibes, los que la planta nefasta, que de la tierra brota, los primeros a la luz expusieron y enseñaron la tarea de los martillos. Al momento de cortarme, (mis hermanas), las trenzas, sentían ya por mí triste añoranza, y de súbito el blando soplo, que de la misma sangre es del etíope Memnón, lanzóse entre el torbellino de sus raudas alas, corcel de la locria Arsínoe, la de cinto violeta, y me arrebató con su aliento, y conmigo cargado por los húmedos aires fue a depositarme ...en el regazo de (Afrodita). La propia Cefiritis..., la que (en la costa) de Canopo su morada tiene, lo envió con este fin. (Y con tal de que) de la novia hija de Minos no solamente... sobre los hombres... sino que también entre las numerosas (luminarias se me contara), el rizo hermoso de Berenice, cuando (por las aguas) bañada hasta (los Inmortales ascendía, Afrodita me puso, nuevo) astro, entre los de tiempo inmemorial.

...(Avanzando? hacia el Océano... a fines del otoño).

...Todo esto no me acarrea tanto placer cuanto deploro no haber ya de tocar aquella cabeza, de la que, cuando aún era virgen, perfumes sin cuento más sencillos bebiera, y en cambio no he gozado de los que suelen las casadas...